

MANDARINAS/SECUELAS

Donovan Adrián Hernández Castellanos

Dedicado a todas las personas que han sufrido una pérdida desde 2020.

Todo lo que somos es un patrón de flujo aéreo. Mis recuerdos no estaban inscritos como muescas sobre láminas ni en la posición de unos interruptores, sino como persistentes corrientes de argón.

Ted Chiang, *Exhalación*.

24 de diciembre de 2020. Tengo ponche de frutas. Se calienta en la estufa mientras perfuma el interior de mi hogar. Tengo ensalada de manzana con toda su colación: nueces, pasas, piña, crema. Hay cena de navidad para un mes entero en la despensa. La maniobra no fue fácil: bajar, tomar las desbordantes bolsas del cofre del automóvil, subir las escaleras 8 pisos. Detenerse poco antes de la azotea. Repetir. La dificultad no está, desde luego, en subir -¡hasta dos ocasiones!- la punta de la mole de departamentos. Es obvio. La dificultad, por desgracia, está en no abrir la puerta del automóvil y abrazar desafortadamente a mis padres; que recorrieron medio tramo de ciudad para traerme las viandas, para cenar en familia, a pesar de la distancia.

La dificultad reside en que tengo covid-19.

El núcleo del testimonio lo constituye la relación entre la verdad y el individuo (o las comunidades). Pero esta verdad, para ser testimonial, ha de ser *vivida*; no se la encuentra en los archivos y sus anaqueles, no responde al catálogo y las manufacturas objetivistas del método. Su evidencia no es de carácter *apodíctico* sino *indexical*: no es la demostración, sino la mostración. Su forma narrativa

suele ser la figura coherente o inestable de un *heme aquí*: de presencia enfática, no necesariamente elegida, pero siempre en situación. La verdad vivida también puede ser la verdad del tiempo, de una época o una era. Es un discurso que, en todo caso, proviene siempre del temblor del sujeto. ¿Cuál sería -cuál podría ser- la verdad de nuestro tiempo? La directora de la *Revista Cognita*, María José Morales Vargas, me ha invitado a dar mi testimonio como docente e investigador que, además de vivir en la pandemia ha tenido que vivir *con* ella (enfermé en la segunda semana de diciembre de 2020, aunque me recuperé, por ventura, durante enero). No sabría de qué hablar primero: si de mi experiencia con la enfermedad, del hecho de vivir (¡ya por un año!) con la sindemia del siglo, o bien de las lecciones que la educación a distancia nos ha dejado. Como he reflexionado teóricamente sobre varios de estos puntos, puedo centrarme en las vivencias que difícilmente pueden aglutinarse en torno a una voz narrativa coherente y unitaria. Soy arendtiano en muchos aspectos, así que hablemos de *lo que hacemos*.

El 15 de diciembre, que fue martes, la prueba dio positivo. Desde entonces guardo la cuarentena. Aunque es muy probable que tuviera síntomas escasos días antes. La semana previa hice ejercicio (bicicleta estacionaria principalmente) hasta por una hora: me aseguraba que los pulmones trabajaran bien. Afortunadamente eso han hecho: además de una leve tos, pocas flemas y el cansancio físico y mental que la enfermedad del año conlleva, no he tenido mayores complicaciones. Ni fiebres, ni cuerpo cortado. En cambio, he tenido inflamación en pulmones y garganta. El mismo día fui a un consultorio genérico a que un médico me hiciera el chequeo general. Salvo por pequeños detalles, todo estaba en orden: oxigenación sobre 95, ritmo cardiaco ligeramente alto (lo atribuyo a la actividad de la tarde). Todo dentro de estándares aceptables. No había huellas de neumonía. Respiré aliviado.

Puesto que el acontecimiento de la covid-19 ha trastornado todos los niveles de nuestra vida, no sería raro que también lo hiciera en el ejercicio de la investigación académica: desde que las universidades nos enviaron a trabajar a casa, a finales de febrero del año pasado, muchas cosas han sucedido. En la Ciudad de México el enclaustramiento voluntario comenzó cuando el conteo de casos llegó a 100 en total en el país. A muchos nos parecía una medida prematura, a otros demasiado holgada; aún no dimensionábamos los alcances sanitarios y el luto

humano que estaríamos por ver. Investigadoras, bibliotecarios y archivistas se preguntaban por las condiciones para continuar con sus trabajos en este cuadro a distancia, mientras que las disciplinas que dependían del trabajo de campo presencial tuvieron que cambiar drásticamente de modalidad (fue muy divertido ver a los antropólogos clásicos pasar a métodos de etnografía virtual que antes repudiaban). Otro tanto ocurrió con la enseñanza de la medicina, odontología y las ciencias experimentales: los laboratorios, las aulas con equipo y simuladores de quirófano debieron cerrar. Ignoro cómo han logrado (si lo han hecho) continuar en las circunstancias actuales. Un creciente sentimiento de *suspense* se cernió sobre nosotros: como un *impasse* imprevisto, como si hubieran puesto entre paréntesis nuestras vidas, como si el tiempo hiciera un enorme vacío a nuestro alrededor. Comenzamos a relatar esto, lo recordarán, como si se tratara de una historia de ciencia ficción: todo resultaba *irreal*. Ha sido Margaret Atwood, precisamente una formidable narradora, quien nos advirtió desde muy temprano que esto no era una ficción: en los relatos hay una trama, el desenlace se vislumbra incluso cuando no es predecible. Estamos muy lejos de saber cómo concluirá todo esto. De pronto las calles se vaciaron, la Ciudad se volvió fantasma. Algo inhóspito la recorría, una inquietud. Los primeros días me hicieron pensar en el compendio de cuentos que Vicente Quirarte y Bernardo Esquinca titularon *Ciudad fantasma*, sólo que en sus páginas las calles del centro histórico, las azoteas de Mesones y los pasadizos subterráneos del metro estaban repletos de seres fantásticos, monstruos y diosas ominosas que reclamaban, desde el pasado, su parcela de futuro. Acá no había reclamos sobrenaturales, sólo el trabajo viral que la explotación de la naturaleza en el Antropoceno ha ocasionado.

“Ojalá todos fueran como usted”, decía el Doctor, que me reconoció porque me había atendido antes y también porque poca gente se dedica a dar clases de filosofía; al menos que haya pasado por su consultorio. Me dio una receta que superaba (¡con creces!) los proverbiales paracetamoles y el jarabe para las flemas: tres antibióticos de amplio espectro destacaban, que sólo se obtienen con receta por la restricción (razonable) que hay para adquirirlos en fiestas decembrinas. “Son un rómpace en caso de emergencia: si llegara a presentar fiebre y no bajara en dos días con paracetamol... si presenta complicaciones fuera de lo normal, entonces aplíquelos.” Aunque surtí la receta con algunos medicamentos la fortuna ha querido que no los emplee en esta ocasión. El domingo llegó mi oxímetro. Diario hago el chequeo, hasta tres veces al día. Hay que

revisar que todo esté en orden. Al momento mis indicadores son óptimos, sin complicaciones. Aun así no bajo la guardia, porque de esta enfermedad sabemos poco y ninguna precaución sobra.

Afortunadamente las circunstancias de trabajo en las Humanidades no fueron radicalmente alteradas. Dado que en Filosofía el trabajo que realizamos es principalmente conceptual y a menudo comprensivo, no adolecimos severamente de la pérdida de instalaciones universitarias para continuar nuestra labor; muchas cosas las pudimos resarcir con nuestras bibliotecas personales (en todo caso la falta de bibliotecas, librerías y espacios presenciales de conversación sí ha sido profundamente lamentable). Las primeras semanas me fue imposible leer. No podía recuperar el ritmo del trabajo sobre todo porque, los últimos días previos a la cuarentena, estaba completamente volcado hacia *afuera*: acabábamos de presentar mi nuevo libro en *Aeromoto*, llevé algunos ejemplares a la *Librería Éxit* y tenía agendadas diversas actividades. Ese año habría sido increíble: la bitácora era concluyente: viajaría a Roma para presentarme en un congreso internacional sobre Teoría Crítica bajo el auspicio de mi reciente publicación sobre Walter Benjamin y Siegfried Kracauer, iría a Mérida a presentar mi libro e impartir un taller junto a mi pareja de entonces en la librería independiente de mi querida Anna Lorenz, tenía invitación abierta para participar en sendos conversatorios con mis amigas Nithia y Meritxell en Chihuahua y Mexicali (sólo era cosa de cuadrar las fechas), y la cereza en el pastel: asistiría al festival de arte sonoro *Radical Sounds Latin America* en la legendaria *Funkhaus* de Berlín para presentar el trabajo a dueto que hicimos con el músico Rodrigo Toro. 2020, en mi imaginario, era el año de los viajes y la gira por el mundo. La realidad fue muy distinta. A finales de marzo recibí la cancelación del congreso en Roma: recuerdo que todavía le dije a mi novia que me parecía una exageración, si era una gripita. Luego vimos cómo las cifras iban escalando en Italia y España; tragando saliva comenzamos a pensar en México. Era como una tragedia: tenías la conciencia de que algo *terrible* iba a ocurrir, pero no podías hacer nada para evitarlo. No sé cómo sobreviví el 2020 sobrio. Pues tuve que someterme a un régimen estricto de alimentación y perder peso rápidamente. Afortunadamente lo hice antes de enfermar de coronavirus.

Afortunadamente mi familia, mi roomie y mis amistades cercanas se preocupan activamente de saber cómo ha ido mi evolución; que, gracias a las diosas, hasta ahora ha sido encomiable. Espero, tengo la confianza, de que las cosas continúen así. Los síntomas van retrocediendo, y lo que eran molestias notorias se van convirtiendo en pequeñas incomodidades solamente.

En cuanto me sea posible, y el riesgo de ser contagioso pase, iré a consulta de nuevo. Todavía soy radioactivo y no hay necesidad de apresurarse.

Recuerdo haber visto las calles vacías, recuerdo haber sentido un intenso *deseo de ciudad*, una nostalgia irreprimible. Todavía la siento. Aunque -he de admitir- pasé la mayor parte de la cuarentena en la compañía de mi *roomate* y el departamento de mi pareja de entonces, por lo que no sentí los estragos profundos de la soledad y la angustia de otras personas que, por distintas razones, sí tuvieron que pasar el trago amargo lejos de sus seres queridos. Muchas tardes las disfrutamos en un amplio patio de la Narvarte, acompañados de dos perritas retozonas. También tuvimos que sobreponernos al desgaste y la inercia de las relaciones, propias del encierro y la falta de actividades en compañía de otras amistades. Yo me cerraba en banda a convivir por medio de Zoom, porque lo empleaba principalmente para el trabajo; a tal grado que lo sentía más como una obligación que como un momento de relajación. Necesitaba imperiosamente de estar solo. Después de un semestre intensivo de trabajo sufría crónicamente de dolores de cabeza y ojos debido a la sobrexposición a las pantallas. Además comenzaba a suceder lo peor: recibía mensajes recurrentes de mis estudiantes notificándome del deceso de sus familiares. En una ocasión un alumno se conectó a la sesión con sus *datos* mientras se dirigía al sepelio de un pariente lejano (¿cómo pudo hacerlo?, ¿de dónde sacaba fuerzas para ese compromiso ante las situaciones más extremas? Siempre fui tan flexible como las circunstancias lo permitían y, por supuesto que hubiera comprendido su inasistencia en este caso. Nuestro *súper yo* y los imperativos sociales son terribles). Nos acostumbramos entonces a dar el pésame. Comenzaba a ser difícil mantener la atención en tantos lugares a la vez: al argumento de la clase, a los mensajes del chat privado de la plataforma de videoconferencias, al aumento desproporcionado e irracional de las juntas, las encuestas, los formatos que solicitaban informaciones completamente pueriles, la demanda de más y más formularios que comenzaron a llenar nuestras horas libres incluso los fines de semana. Si bien soy una persona relativamente amigable, comencé a sentir la *demanda de sociabilidad a*

distancia como una carga onerosa; siquiera decir “buenos días” u “hola” por mensaje me resultaba fatigoso. Empecé a despegarme de los noticieros, era demasiada la hipersensibilidad que la industria del entretenimiento prodigaba. Llegó a ser francamente pornográfica. Pero había que seguir: desde el comienzo me pareció que las voces que clamaban porque *se detuviera todo* hablaban desde una condición privilegiada; la mayoría teníamos que seguir pagando la renta, la despensa, los gastos y servicios que ni empresas ni universidades iban a asumir a pesar de habernos llevado el trabajo a casa.

Por lo demás no tengo consejos que dar, sólo experiencias que compartir: con honestidad, tantas notas fatalistas no mejoran el ánimo en absoluto, lo cual resulta fundamental para no perder los estribos. A menudo se ha descrito la vivencia del covid-19 (en esas insoportables y abundantes literaturas del yo) como una ruleta rusa: hoy estás bien, mañana no sabes. Esa incertidumbre se incrementa con toda la sobreinformación, a menudo basura, que se comparte diario. Después de todos estos años, ¿de verdad creemos que tanta nota de muerte puede disuadir a la gente de salir a las calles a ganarse el pan de cada día?, ¿desde cuándo la pedagogía gore de la prensa es más efectiva hoy que durante la guerra contra el narcotráfico? El miedo nunca será mejor que la comprensión y el deseo de conocer. Más que empatía necesitamos comprender las circunstancias del otro. Enfermarse no te hace peor ni moral ni éticamente, ni social ni económicamente. Basta de discriminación y de practicarla incluso sin quererlo. Seamos comprensivos porque, así sea por mera estadística, mañana serás tú o tú. Es mejor que tengamos redes de solidaridad, amor y comprensión para encarar esto; en vez de recriminación, apoyo condicionado o abierto miedo. El pánico fóbico nunca nos hizo mejores como sociedad y siempre ha reforzado el clasismo, el sexismo y el racismo que están a la base de toda discriminación.

Tomo aspirina cada día, para evitar las complicaciones asociadas con el covid-19, como muchas mandarinas y, cuando salgo a la sala, tengo puesto siempre mi bozal (como llamamos al barbijo en la broma casera). La próxima semana cumpliré los 14 días estipulados de la cuarentena, así que, en cuanto me sea posible, desearé brindar por el fin de este año aciago; ¡que buena falta me hace!

Hoy escribo este documento con las imágenes de cientos de personas que pasaron la noche en vela esperando su turno para ser vacunadas. La imagen es a medias perturbadora y a medias esperanzadora; perturbadora por el hacinamiento y la precariedad que tantos adultos mayores sufren; esperanzadora porque, en cierta forma, la vacuna es una solución. Es increíble, pero escribo este texto un par de días después de que el *Perseverance* aterrizó sobre Marte y mientras llegan embarques de la vacuna *Sputnik* de Rusia a Ecatepec, en el Estado de México. Mientras la carrera por la última frontera continúa en la posdemocracia, resulta claro que sabemos tan poco de nuestra condición terrana como especie a pesar de todo nuestro conocimiento. Necesitamos otra *naturocultura* y otros relatos de mundos para especies compañeras, como bien dice Donna Haraway. En cierto sentido, el tránsito de un año a otro trajo cambios minúsculos, aunque no trajo consigo la Gran Salvación de la Humanidad. Hace un par de meses me separé de mi pareja. Tiene sentido: juntos enfermamos de covid-19, nos recuperamos a la distancia. A pesar de ello, hemos logrado sostener una hermosa amistad, basada en el cariño y la mutua comprensión; seguimos siendo un apoyo el uno para el otro. Aunque es triste, en algún sentido, también es alegre en otro: algo nuevo comienza. Como dicen en mi serie favorita *Doctor Who*: *nada es triste hasta que termina, pero entonces comienza algo nuevo y eso es siempre feliz. Sé feliz*. Persiste un sentimiento de balance y equilibrio. Mientras estaba enfermo encontré un refugio lúcido en las historias de ciencia ficción, además del cine al que tanto amo. Durante diciembre leí *Exhalación* de Ted Chiang, que me voló la cabeza: el cuento que da título al compendio es una fabulosa historia centrada en una especie robótica y su relación con sus pulmones, que son intercambiables y se llenan de aire y *argón* para mantener el ciclo indefinido de sus vidas. Los robots descubren que los relojes que marcan el fin de un año y el paso a uno nuevo suenan cada vez más rápido. Intrigados todos comienzan sus indagaciones. Sólo un físico descubre la respuesta: no es que la vivencia del tiempo se haya acelerado realmente, es que la presión del aire ha disminuido; razón por la cual los cerebros de estos seres avanzan más lentamente; alarmado, el físico descubre que cada respiración y cada movimiento de los habitantes de su planeta disminuye la cantidad total de aire respirable en su atmósfera. La consecuencia del equilibrio y la entropía es la muerte de su mundo y de su especie. El equilibrio es la muerte, el caos es vida. Es hermoso que un relato que se ocupa de la ingeniería del cerebro concluya con una teoría del espacio exterior. En cierto sentido, todos necesitamos de un caos organizado para abrazar

Pensar la política y lo político en tiempos de pandemia

amorosamente nuestro futuro. Y las pérdidas forman parte de él. Habrá que atender a lo que dicen artistas como Rafael Lozano-Hemmer, quien hizo una cápsula espacial con grabaciones de despedida de personas que, en México y el mundo, han perdido a un ser querido por covid-19.

Hoy tenemos un *duelo mundial* y necesitamos belleza e imaginación para hacer habitable el mundo de nuevo.